

Los humores de lo cómico

Sergio Ugalde Quintana

Jean Paul Richter, *Antesala de la estética*. México, Itaca/UPN, 2011. 208 pp.

Antesala de la estética (*Die Vorschule der Ästhetik*) fue publicada por primera vez en la ciudad de Hamburgo en el año de 1804. Jean Paul Richter, el autor del libro, sistematizaba en ese texto sus consideraciones que, a lo largo de por lo menos una década, había desarrollado sobre el arte poético. Era la época en que el romanticismo alemán comenzaba a elaborar sus reflexiones literario-filosóficas: Friedrich Schlegel, en 1800, había dado a conocer su *Diálogo sobre la poesía*; Friedrich Schelling, entre 1802 y 1803, había escrito su *Filosofía del arte*; Friedrich Schiller había dado a conocer, entre 1795 y 1796, su libro *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental*. En el diálogo de todos esos textos, y en las nuevas vías de reflexión literaria y artística que se prefiguraban en ellos, se inauguraba el universo de la modernidad poética y literaria occidental. Eran los primeros años del siglo XIX y las nuevas perspectivas sobre el arte romántico comenzaban a destacarse. Seguramente la publicación del texto de Jean Paul no pasó desapercibida para el campo intelectual germano del momento. Al menos eso se deja ver en la segunda edición del libro publicada en 1813. Retomando algunas de las reacciones que sus ideas habían suscitado, Richter reescribió una buena parte de su texto y lo publicó en la que sería la última y definitiva edición de la *Antesala de la estética*. Esa segunda edición de 1813, íntegra por primera vez en español, es la que nos entrega hoy la editorial Itaca en la excelente traducción de Andrés Echeverría Weikert, revisada por Bolívar Echeverría.

Hasta el día de hoy, el texto de Jean Paul, a pesar de su destacada importancia en las discusiones poéticas occidentales del siglo XIX, había permanecido incompleto en español. Tres traducciones a los largo de casi un siglo testimonian la poca difusión del pensamiento poético del escritor alemán en el mundo de lengua española.

La primera traducción del libro de Jean Paul fue publicada bajo el título de *Teorías estéticas* en la Biblioteca económica filosófica de Madrid en el año

de 1884. Unas cuantas reacciones se suscitaron en el ámbito hispánico de esa época. La primera de todas quizá fue la del filólogo de Santander, Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, en su monumental *Historia de la ideas estética en España*, comentó las posturas de Richter en términos elogiosos. Unos años después, en México, la generación del Ateneo de la Juventud hizo algo similar. Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, en distintos ensayos y cartas de las primeras décadas del siglo XX, dejaban entrever el interés que despertaban las ideas poéticas del poeta romántico alemán en el grupo de intelectuales agrupados en la ciudad de México.

No obstante, pese a esos primeros comentarios, las reflexiones del autor de la *Antesala de la estética*, en términos generales, pasaron prácticamente desapercibidas para el mundo cultural hispánico. Al menos eso se puede percibir en los casi 100 años que tuvieron que transcurrir para que nuevamente la obra se publicara en un país de lengua española. En Buenos Aires, en 1977, en una copia de la versión madrileña, apareció la segunda traducción del libro de Richter. Varias generaciones de escritores hispanoamericanos no tuvieron acceso en su lengua a las reflexiones del escritor originario de Wunsiedel. Eso quizá explicaría la falta de referencias a su obra en los grandes literatos pensadores de la tradición hispanoamericana de la segunda mitad del siglo XX: ni Jorge Luis Borges ni José Lezama Lima hicieron alusión, en algún pasaje de sus ensayos, a la teoría estética de Jean Paul. Octavio Paz, en *Los hijos del limo*, lo tuvo presente sólo como poeta, no como teórico. Las pocas referencias a la teoría estética casi siempre se hicieron de segunda mano. El vacío de la recepción de Richter en las obras hispanoamericanas desconcierta.

Finalmente, en 1991, la editorial Verbum de Madrid distribuyó una nueva adaptación de la traducción del libro. El título que le adjudicaron fue *Introducción a la estética*. Pedro Aullón de Haro escribió un prólogo donde aclaraba las razones por las cuales habían decidido no incluir algunos fragmentos del libro: “la posibilidad de ofrecer por primera vez el texto íntegro de la *Vorschule* en español nos ha parecido desestimable [...] Se trataría de un texto muy extenso, con una segunda mitad de escaso interés y, por otro lado, plantearía importantes dificultades de traducción que tal vez nadie estaría dispuesto y en condiciones de asumir en situaciones normales”.

La idea de que el texto completo carecería de interés es muy cuestionable. Por el contrario, me parece que precisamente toda la sección dedicada a lo cómico y el humorismo puede ser una de las más incitantes para las poéticas contemporáneas. En la decisión de no incluir esos capítulos pesa el hecho de que la escritura de Richter, en esa parte, se vuelve absolutamente difícil. Esto hace más meritoria la empresa que Andrés y Bolívar Echeverría, junto con la editorial Itaca, han emprendido al traducir y publicar la versión completa de *Antesala de la estética*.

En la primera parte de su libro, Jean Paul propone una serie escalonada, y en algunos momentos casi atávica, de lo que representa el romanticismo para la historia del arte. Los tópicos del “yo”, el “héroe”, el “genio”, lo “divino” y lo “terrenal”, así como la estrategia del artista en tanto pararrayos (casi preludio del súper hombre: instintivo y mesurado, pasional y sensato, poeta y filósofo), confirman esa imagen arquetípica de la figura del genio romántico. Sin embargo, en la arquitectura conceptual de Jean Paul hay momentos en el que la concepción artística sublime se tensa para entrar en crisis. Me refiero a los pasajes impregnados de una absoluta actitud irónica e iconoclasta. Esos momentos representan, desde mi punto de vista, la herencia más perdurable que Jean Paul legó a las vanguardias artísticas del siglo xx.

Desde el inicio del libro, Richter asume una actitud desestabilizante ante el ámbito canónico de su momento. En el prólogo a la primera edición arremete, por ejemplo, contra sus contemporáneos y sus antepasados; lanza pullas contra Lutero y Melancton; critica a los defensores de la prosa, a quienes califica de estilistas que no tienen sentido poético; se burla de los esteticistas e incluso zarandea a los filósofos. Jean Paul lucha en esas primeras páginas por ser “desagradable a todas las sectas posibles”. Este carácter iconoclasta de su escritura se manifiesta de forma explícita cuando, después de dar ejemplos del arte romántico y analizar el concepto de lo sublime, Jean Paul habla del ideal del arte humorístico.

La actitud irreverente de lo cómico ante lo sublime fue una de las características de la vanguardia artística a inicios del siglo xx. Oliverio Gironde, por ejemplo, en uno de los poemarios paradigmáticos de la literatura de vanguardia argentina, *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, escribió una frase emblemática —casi manifiesto— que hubiera agradado a Jean Paul: “ningún prejuicio más ridículo, que el prejuicio de lo sublime”. Esta sentencia girondiana, escrita en 1922, ya se presagiaba en el párrafo veintiséis de la *Antesala de la estética* donde el poeta alemán asegura: “Lo cómico es el enemigo jurado de lo sublime”. Una buena parte de la sección dedicada a lo humorístico no había sido vertida al español en ninguna de las traducciones anteriores. La traducción de Andrés y de Bolívar revela un romántico humorista que se erige como antecesor de las actitudes de la vanguardia.

Precisamente en la última sección del libro, donde el humor subvierte a lo sublime, Richter evidencia estrategias que se acercan poderosamente a los procedimientos del arte barroco. No en balde la constante alusión a las obras de Cervantes, Shakespeare o Swift. Ese carácter barroquizante de los elementos humorísticos quizá hubiera sido de profunda simpatía para la tradición literaria hispanoamericana que, a lo largo del siglo xx, volvió una y otra vez al barroco, y no al romanticismo, como fuente de origen de la modernidad artística. Tanto Borges como Lezama y Paz fundaron el inicio de la tradición

literaria moderna de nuestra lengua en los márgenes del universo barroco. Quizá, en ese sentido, haga falta una lectura barroca del ideario romántico. Esta traducción, completa por primera vez en español, puede ser un buen pretexto para comenzar a hacerla. Enhorabuena por los traductores y la editorial.